

EL INCENDIO DEL SPUTNIK EN BOGOTÁ

BOGOTÁ.—Para adorno. Para esto es lo único que serviría un «sputnik» colocado en la plaza de Bolívar, frente al Capitolio del Congreso, de Bogotá, o de cualquiera otra capital latinoamericana. ¿Y para qué otra cosa puede servir un aparato que no responde al desarrollo interno de una sociedad y cuyas funciones están divorciadas de su cultura? Si nuestra salvación o nuestro fracaso económico o cultural dependiera de ese «sputnik» estaríamos perdidos. En Colombia no existe un solo dirigente que sea capaz de arreglar dicho «sputnik» si éste se dañara, o que lo hiciera funcionar, ascender hacia los cielos, si el país lo necesitara para su progreso. Y no se podría por un problema muy sencillo: el de mentalidad. O sea, la capacidad de afrontar situaciones difíciles, nuevas, que van más allá de nuestra propia cultura.

Y un adorno era el edificio Avianca, que se incendió hace algunos días. Era un adorno porque, si se analiza serenamente su situación, se comprende que no respondía a las necesidades intrínsecas, tanto de ingeniería y arquitectura como de cultura de nuestra sociedad. Era una especie de aborto, una burda copia de formas de arquitecturas distintas a la nuestra.

Para construir el edificio Avianca hubo que enviar ingenieros colombianos a especializarse en Japón; hubo que utilizar técnicas nunca imaginadas en nuestro suelo: para el colombiano medio es incomprendible, es cosa de magia, producto de alta tecnología, que un edificio se construyera «de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba», como lo definió uno de los ingenieros constructores, y que costara su sola edificación cinco millones de dólares. Indudablemente era una obra maestra de la arquitectura y la ingeniería. La alta torre de cuarenta pisos era casi un monumento nacional. Pero era algo que se distinguía, también, por el contraste que presentaba ante las miles de viviendas subdotadas, esos conglomerados de tugurios, que pululan alrededor suyo en Bogotá y otras ciudades del país. Ante esos tugurios no era más que un adorno, un lujo de derroche, otra frivolidad costosa de nuestras clases dirigentes. Y aun así, es más trágica su destrucción. Un país que, según cálculos de la Cámara Colombiana de la Construcción, necesita más de un millón de viviendas, no se puede permitir primero los lujos de construir semejante obra costosa de beneficencia suntuaria y limitada a una minoría. Y, segundo, dejarlo quemar en la forma tan impotente en que se quemó. Fue el pensamiento general: dejaron quemar diez millones de dólares. Porque ese es el otro cuen-

to, el más triste, el más increíble, pero el más realista: la torre orgullosa, el monumento a la vanidad, se quemó sola, no hubo quien tuviera la capacidad mental para evitar su propagación. Y es aquí donde, nuevamente, hay que hacer alusión a ese problema del subdesarrollo cultural. Es cierto: somos subdesarrollados con respecto a otros países más avanzados, como Estados Unidos y los de Europa. Pero somos subdesarrollados precisamente porque queremos copiarlos. Porque queremos ser como ellos. Y el pago a esa vana ambición es que, de repente, sucedan cosas como lo sucedido con el incendio de Avianca. Copiamos, alterando nuestras formas intrínsecas de la sociedad; alteramos nuestra arquitectura y nuestra ingeniería, nuestro suelo y nuestra ecología. Sin embargo, no es posible alterar nuestra cultura, modificarla hasta acoplarla con esas nuevas formas importadas. Si, es cierto: veíamos el edificio Avianca, y vemos los que como ése se construyeron y se construyen, y nos llenaba de orgullo: estábamos avanzando tanto en la arquitectura como en la ingeniería. Es decir, éramos un poquito menos subdesarrollados. Pero, ¡vana ilusión! No avanzaba

nuestra concepción de la seguridad. El orden que imponía ese edificio magistral se desmoronó cuando el desorden de nuestra cultura traumatizada impidió que a alguien de los que dirigían la operación se le ocurriera idear otros sistemas de seguridad que funcionaran cuando los sistemas internos, importados, del edificio fallaran.

El edificio de Avianca estaba construido contra toda eventualidad: terremotos, explosiones y hasta incendios. Y, sin embargo, se quemó. Todos los sistemas de seguridad fallaron: falló el sistema hidráulico que funcionaba automáticamente; falló el personal que hiciera funcionar los extinguidores. Y ante estas fallas había que recurrir a los sistemas de seguridad imperantes en Bogotá, a sus Cuerpos de Bomberos, de ambulancias, de dotación de servicios, para contrarrestar la calamidad.

Este cronista llegó al lugar del incendio tres cuartos de hora después de iniciarse. Ya el incendio quemaba el piso siguiente de donde comenzó (el 13, pero numerado irónicamente 14 por cuestiones de mal agüero). Ya estaban los bomberos intentando apagarlo. Y en ese instante, cuando el cronista vio que las escaleras utilizadas parecían

pequeños insectos ante el gran monstruo, en ese instante el cronista comprendió que la suerte del edificio estaba definitivamente perdida. Si no se intentaba resolver esa absurda situación, detener el fuego por otros medios, éste se extendería hasta donde quisiera y pudiera, y él mismo, el fuego, se acabaría solo.

Entre el Cuerpo de Bomberos y los miembros de seguridad no existía una mentalidad distinta, más clara y universal, para comprender que esas pobres mangueras subdesarrolladas, y esas miserables escaleras subdesarrolladas, no podrían detener el incendio, al comienzo humilde pero devastador al final, doce horas después. No lo comprendían, y tampoco podrían comprender que había que inutilizar pisos, quitarle al fuego su medio de alimento. Fueron impotentes. Y el alimento de ese fuego era todo un pecado de vanidad. El edificio estaba ocupado, en su mayor parte, por institutos del Gobierno, que hacían un enorme derroche de dineros, lujos y burocracia. Lo que se quemó fueron cortinas, pisos alfombrados, divisiones de oficinas construidas con materiales sintéticos y, sobre todo, papeles: la más auténtica expresión de la burocracia estatal. Allí funcionaban el Fondo de Promoción de Exportaciones (PROEX-PO), el Instituto Colombiano de Comercio Exterior (INCOMEX) y el Instituto de Fomento Industrial (IFI), donde se inició el incendio.

Y el incendio se propagó en las propias narices de algunos de los dirigentes de estos grandes y opulentos pulpos de la burocracia, sin que ellos (con más capacidad cultural, aparentemente) movieran un dedo, realizaran algo diferente para detenerlo. Que es el más amargo, pero al mismo tiempo más fiel reflejo de otra situación mostrada por esta calamidad: la indiferencia social. Ni para los gerentes de tales instituciones (tripode en que descansa prácticamente la economía nacional: su producción industrial y su comercio exterior, especialmente sus exportaciones), ni para sus subalternos, ni para el público sin opinión pública, ni para nadie, este incendio constituyó en algún instante una calamidad social. Más bien fue un espectáculo peroniano. Nadie sintió que formaba parte de la comunidad, que era un patrimonio de toda la sociedad. Ni siquiera el Gobierno lo sintió en tal forma. Por lo menos eso es lo que da a entender porque, fuera de las normales actividades de contraincendio, no movió un solo organismo de su inmenso poder totalitario para que el devastador fuego no destruyera un edificio que, sea como sea, para bien o para mal, debería pertenecernos a todos. ■ ELIGIO GARCÍA.

